

Jorge Semprún: la memoria (reprimida) del comunismo español

por Armando Pereira

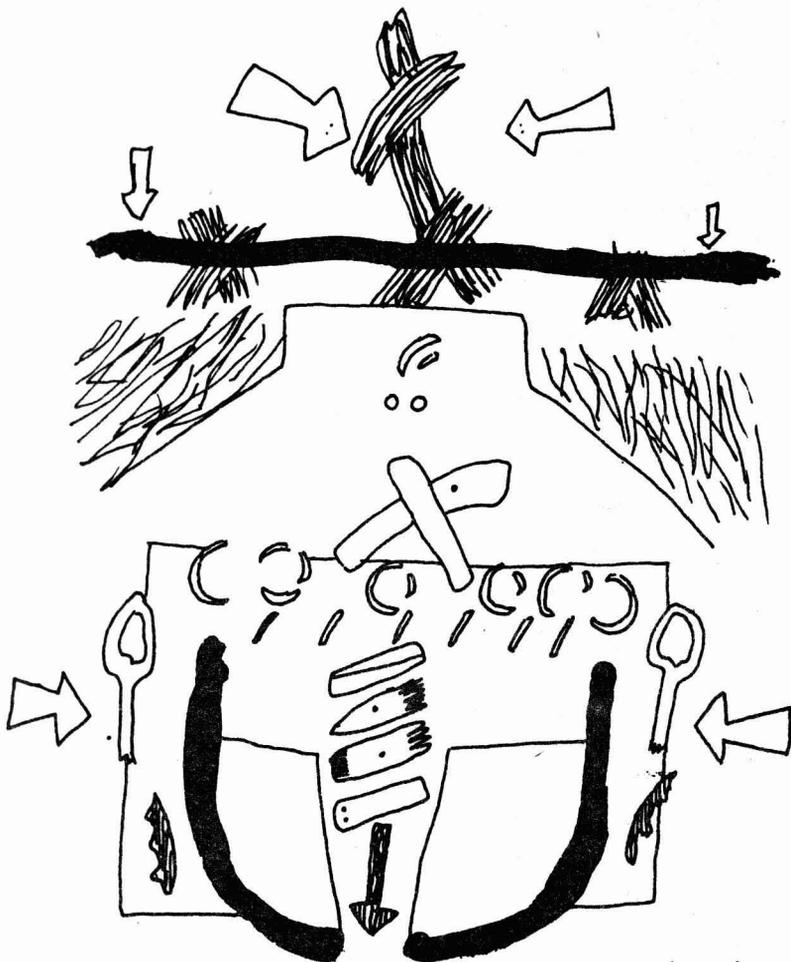
"*Cambio 16* quiso ofrecer a sus lectores la visión y los análisis de Jorge Semprún sobre el Congreso del Partido Comunista de España y pidió, para él, una acreditación. Angel Mullor, secretario de prensa del Partido, comunicó a esta revista por teléfono que la acreditación no sería concedida. Cuando se le preguntó la razón, contestó que Semprún no es un periodista de *Cambio 16*. Se alegó que había sido contratado especialmente para la ocasión y (Mullor) reiteró: 'yo, a este señor, no le doy la acreditación'."¹ Cuando se lee en *Cambio 16* esta rotunda e inapelable negativa del Partido Comunista Español (PCE) a que Semprún participe, como reportero, en el IX Congreso de dicho partido, lo menos que se puede hacer es inquirir el por qué de esta negativa, buscar las razones que están (que deben estar) determinándola.

A Semprún comienza a conocerse, en el ámbito literario, a partir de 1963, por la publicación, en francés, de su novela *El largo viaje*, galardonada, ese mismo año, con el premio Formentor de literatura. En 1969, publica, también en francés, *La segunda muerte de Ramón Mercader*, su segunda novela. Y

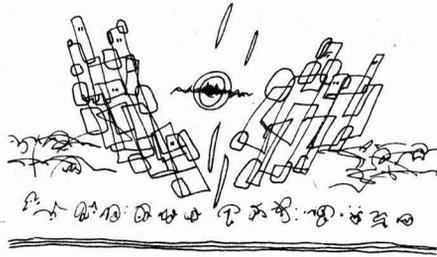
sus incursiones en el cine junto a Alain Resnais y Costa-Gavras, entre otros, lo revelan como un excelente guionista; cintas como *La guerra ha terminado*, *Z* y *La confesión* son la mejor prueba de ello. Por otra parte, en el ámbito teórico del marxismo, se le conocía ya desde tiempo atrás por sus múltiples artículos y ensayos en la prensa francesa; entre ellos, destaca concretamente su polémica con Althusser sobre "marxismo y humanismo"² Pero evidentemente ninguno de estos "hechos culturales" develan el "misterio" que oculta la negativa del PCE a que Semprún participe, como periodista de *Cambio 16*, en su IX Congreso "a plena luz pública". Sobre todo si se tiene en cuenta el "viraje democrático" del PCE al cerrar filas con los comunistas italianos y franceses en esa nueva línea que se ha dado en llamar "eurocomunismo".

Las razones de esta negativa hay que buscarlas, entonces, en otra parte. Y la insistencia en la necesidad de buscar estas razones, no estriba solamente en encontrar el porqué de la censura del PCE sobre la persona de Jorge Semprún, sino básicamente porque el esclarecimiento de este hecho podría develar mucho de lo que hay de verdad (o de mentira) en las nuevas estructuras "democráticas" de este partido.

Hace sólo unos meses, en un lúcido ensayo sobre *Proceso a la izquierda* de Teodoro Petkoff, Juan Goytisolo señalaba la necesidad de revisar, desde adentro, las estructuras estalinistas que aún perviven en el seno de los partidos comunistas, como la única posibilidad real de superar las taras del pasado hacia la realización de una verdadera democracia socialista. "Ignorar u ocultar las faltas y crímenes del pasado es condenarse a repetirlos en el futuro... —señala—. Los partidos comunistas de Europa Occidental —cuando menos el PCE— han comprendido al fin la necesidad de analizar la degeneración del proyecto socialista en la URSS y países controlados por ella, pero no han procedido aún con honestidad y rigor, a la revisión de su propia conducta pasada, esto es, al establecimiento de las responsabilidades en el seno de la dirección y la rehabilitación de las víctimas del sectarismo. Una encuesta oficial sobre episodios tan poco gloriosos como la desaparición de Nin, el anatema de los sospechosos de herejía titista, la condena de Comorera, la exclusión de Claudín y Federico Sánchez, sería la mejor prueba del cambio operado en sus filas y la garantía de que semejantes hechos no se repetirán."³ Pero antes aún que promover la revisión de los casos de Nin, Comorera, Fernando Claudín y Sánchez, como una prueba evidente de su democratización interna, el PCE niega a Jorge Semprún la posibilidad de participar, como observador, en el IX Congreso de ese partido. Este acto de censura, este acto represivo, aparentemente inmotivado, contra la persona de Semprún, deja en tinieblas (al mismo tiempo que incita la curiosidad del espectador) una buena canti-



Mi querido amigo, a la izquierda



dad de hechos que valdría la pena esclarecer si se quiere llegar a conocer, en profundidad, los mecanismos y estructuras que rigen la vida interna de un partido político. Y en la medida en que los comunistas españoles se niegan rotundamente a aportar datos en este sentido, al espectador interesado no le queda más que recurrir a la *Autobiografía de Federico Sánchez*, ese disidente expulsado, junto con Fernando Claudín, de las filas del comunismo español en 1964.

Es por esta razón —aunque no sólo por ella, claro está— que la *Autobiografía de Federico Sánchez*, ganadora del premio Planeta 1977, se convierte en un libro de central importancia para la vida cultural y política que se inicia en España con la muerte de Franco. Una sociedad como la española, que ha sufrido, durante cerca de cuarenta años de su historia, los mecanismos de represión y censura propios de una dictadura fascista, necesita encontrar los medios, las vías de expresión, que den libre cauce a todo ese material reprimido que, generación tras generación, pugna por ascender a la conciencia. No es ésta, evidentemente, una operación sencilla. Son muchos los muros de contención, los prejuicios culturales e ideológicos, que habrá que saber romper para que el “retorno de lo reprimido” se produzca. Es cierto que ya existen, en la literatura española contemporánea, antecedentes importantes en este sentido; tal vez los dos casos más sobresalientes sean el de Luis Martín-Santos y el de Juan Goytisolo. Sus novelas, las de más reciente factura por lo menos,⁴ constituyen un verdadero acto iconoclasta. Muchos de los mitos, de las verdades “eternas” e “intocables” de la cultura española, son minados en sus mismas bases por la escritura desacralizante que conforma estas novelas. Pero este intento de ruptura con lo establecido, de destrucción del tiempo de la máscara y el ocultamiento, de búsqueda de una identidad más real y profunda, que inician y desarrollan, entre otros, Martín Santos y Goytisolo, sólo alcanza su verdadera, aunque tal vez no definitiva culminación (y esto sería lo deseable), con el último libro de Jorge Semprún. Porque en él, su autor lleva aún más lejos este proceso de desacralización que había signado a una buena parte de la literatura española anterior. La crítica que Semprún desarrolla en este libro no se dirige tanto a las *estructuras del poder establecido*, aunque la incluye, como a las *estructuras del poder que tiende a establecerse*. (Aunque más valdría decir, por supuesto, que el discurso crítico del novelista español se erige contra toda estructura de poder). No le interesan tanto los viejos mitos de la hispanidad, que ya casi se derrumban por sí solos, como los nuevos mitos que, provenientes de una izquierda trasnochada e indigesta en el festín delirante del sectarismo stalinista, tienden a convertirse en el nuevo credo, en la nueva “verdad revelada”. Su laboriosa búsqueda de Federico Sánchez, su denodado intento por resucitarlo en la memoria

(propia y en la de los otros) es la mejor forma de ejercer esa crítica. Porque precisamente Federico Sánchez resume veinte años de historia del partido comunista español; porque precisamente, después de haber entregado veinte años de su vida a la vida del partido, Federico Sánchez sufrió en carne propia el anatema de la excomunión.

La *Autobiografía de Federico Sánchez* se propone entonces como una lenta y dolorosa incursión por los vericuetos de la memoria. Es un buscarse a sí mismo, a ese otro que estuvo en él y que la Historia, la Historia Oficial por lo menos, se había empeñado en olvidar. La estructura de la novela (aunque en realidad no es una novela: “ensayo de reflexión autobiográfica”,⁵ la define su autor) realiza entonces, con la fidelidad de la calca, la propia estructura de la memoria. No sigue la fría y rígida linealidad que impondría el discurso de la razón, sino que se abandona al flujo del inconsciente, en el que los recuerdos brotan unos de otros, espontáneamente, sin orden aparente alguno. Semprún define a la memoria “como una *babuschka*, una de esas muñecas rusas de madera pintada que pueden abrirse y que contienen otra muñeca idéntica, más pequeña, y otra, y otra más, hasta llegar a una última de talla diminuta, que ya no puede abrirse”.⁶ Y su libro es también una *babuschka*. La escritura va dibujando los recuerdos como muñecas rusas de madera pintada. Nunca estamos en Concepción Bahamonde, número cinco, pero nunca hemos salido de ahí, porque es sólo el espacio necesario en torno al cual se organizan los recuerdos. El aparente caos y desorden de lo narrado no es en realidad tal, pues su sola presencia, caótica, desordenada, prefigura un orden más profundo y esencial, aquel que brota del flujo subconsciente del deseo, y que manifiesta, de manera latente, la unidad real que presentan las vivencias y recuerdos en el fondo del inconsciente. La obra se va construyendo, así, como las piezas de un rompecabezas, por semejanzas y diferencias, por atracciones y repulsiones. Y las coordenadas espacio-temporales sobre las que se organizan los recuerdos no son nunca las de la realidad concreta, que operarían sobre ellos como camisa de fuerza, sino las de la memoria, abierta siempre a la libre asociación, burlando siempre los obstáculos de la razón, regida sólo para las pulsiones inconscientes, en las que el futuro habrá que buscarlo hacia atrás, en ese espacio vivido y mal digerido y que una y otra vez habrá que volver a rumiar, y el pasado no será sino ese instante nuevo y distinto al que siempre estaremos arribando.

Pero es que la *Autobiografía de Federico Sánchez* no podía estructurarse de otra manera. Porque Federico Sánchez ya no está más en ninguna parte: ha sido olvidado, ha sido censurado, como tantos otros, por la memoria comunista. Sólo sigue existiendo en la memoria de Jorge Semprún, y es ahí donde hay que buscarlo, es de ahí de donde hay



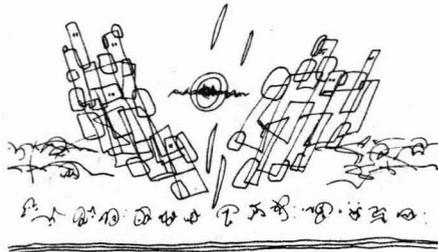


que rescatarlo, para que retorne, exaltado y denunciante, a la memoria de todo comunista. Porque la memoria comunista es una memoria bastante *sui generis*: olvida fácilmente todo aquello que *debe* olvidar, sus mecanismos de represión y censura están totalmente al día, listos en todo momento para entrar en acción, siempre que así lo dispongan las necesidades y los intereses políticos del Partido. "Pero te asombra una vez más cómo funciona la memoria de los comunistas —escribe Semprún—. La desmemoria, mejor dicho. Te asombra una vez más comprobar qué selectiva es la memoria de los comunistas. Se acuerdan de ciertas cosas y otras las olvidan. Otras las expulsan de su memoria. La memoria comunista es, en realidad, una desmemoria, no consiste en recordar el pasado, sino en censurarlo. La memoria de los dirigentes comunistas funciona pragmáticamente, de acuerdo con los intereses y los objetivos políticos del momento. No es una memoria histórica, testimonial, es una memoria ideológica."7 Así, la memoria de Semprún, al recuperar a Federico Sánchez, debe erigirse, a su vez, *contra* esa otra memoria, cuya función paradójicamente consiste en olvidar; es decir, erigirse contra

esa desmemoria que ha censurado, con el olvido, la existencia de Federico Sánchez.

Pero ¿qué hay en Federico Sánchez que hace necesaria su censura?, ¿qué es lo que el PCE debe tan afanosa y obstinadamente olvidar? El libro de Semprún reconstruye, ya lo hemos dicho, veinte años de historia de un militante comunista, desde su participación en la resistencia francesa contra la ocupación nazi y su confinamiento en el campo de concentración de Buchenwald hasta su expulsión, veintitantos años después, del partido comunista, pasando por diez años de trabajo clandestino en la España franquista. Pero el periodo histórico, fundamental en la vida política del comunismo europeo, que describe este libro, está visto desde una perspectiva crítica insoslayable. Y es esta intención crítica, que lo recorre desde la primera hasta la última página, la que lo convierte en un texto polémico y, por muchas razones, "peligroso" y "censurable".

La época de la que se ocupa Semprún en la *Autobiografía de Federico Sánchez* se caracteriza, en este orden de cosas, justamente por la "exportación" de la mitología stalinista al interior de los partidos comunistas europeos (y no sólo europeos,



por supuesto). Esta mitología, de nuevo cuño, tiende a convertir al marxismo —originalmente un instrumento científico, de conocimiento y transformación de la realidad— en un nuevo credo religioso, y a las organizaciones que debían hacer posible su práctica revolucionaria, en vicariatos dependientes del Kremlin, Santa Sede del comunismo internacional. La estructura organizativa que define a estas nuevas instituciones de poder calca fielmente la estructura de las instituciones eclesiásticas: el culto a la personalidad, la existencia de una estructura jerárquica, la vigencia de mecanismos verticales, autoritarios y represivos y las prácticas ideológicas inherentes a este tipo de organización son la mejor prueba de ello. Y fue justamente este tipo de estructura organizativa —jerárquica, autoritaria, represiva— la que decidió la expulsión, entre otros, de Fernando Claudín y Federico Sánchez de las filas del partido comunista español. Porque una de las características esenciales de una organización estructurada de esta manera es el no aceptar la diferencia en el interior de sus filas. Diferencia implicaría contradicción, contradicción implicaría movimiento y movimiento, ya lo sabemos, es sinónimo de cambio, de transformación constante. Pero nada más ajeno que esto a una organización que, queriendo pasar por marxista, se extravía detrás del señuelo fantasmático del poder. No habría más que echar un ligero vistazo a las sesiones del comité ejecutivo del PCE que dieron lugar a la separación de Claudín y Sánchez para corroborar lo que venimos diciendo. Un análisis somero de estas sesiones mostraría que lo que, de manera latente, constituye en realidad el contenido de la discusión, por lo menos por parte de Santiago Carrillo y demás miembros del comité ejecutivo allegados a él, no es tanto la situación económica y política de España y la nueva táctica a seguir, sino básicamente una cuestión de poder.

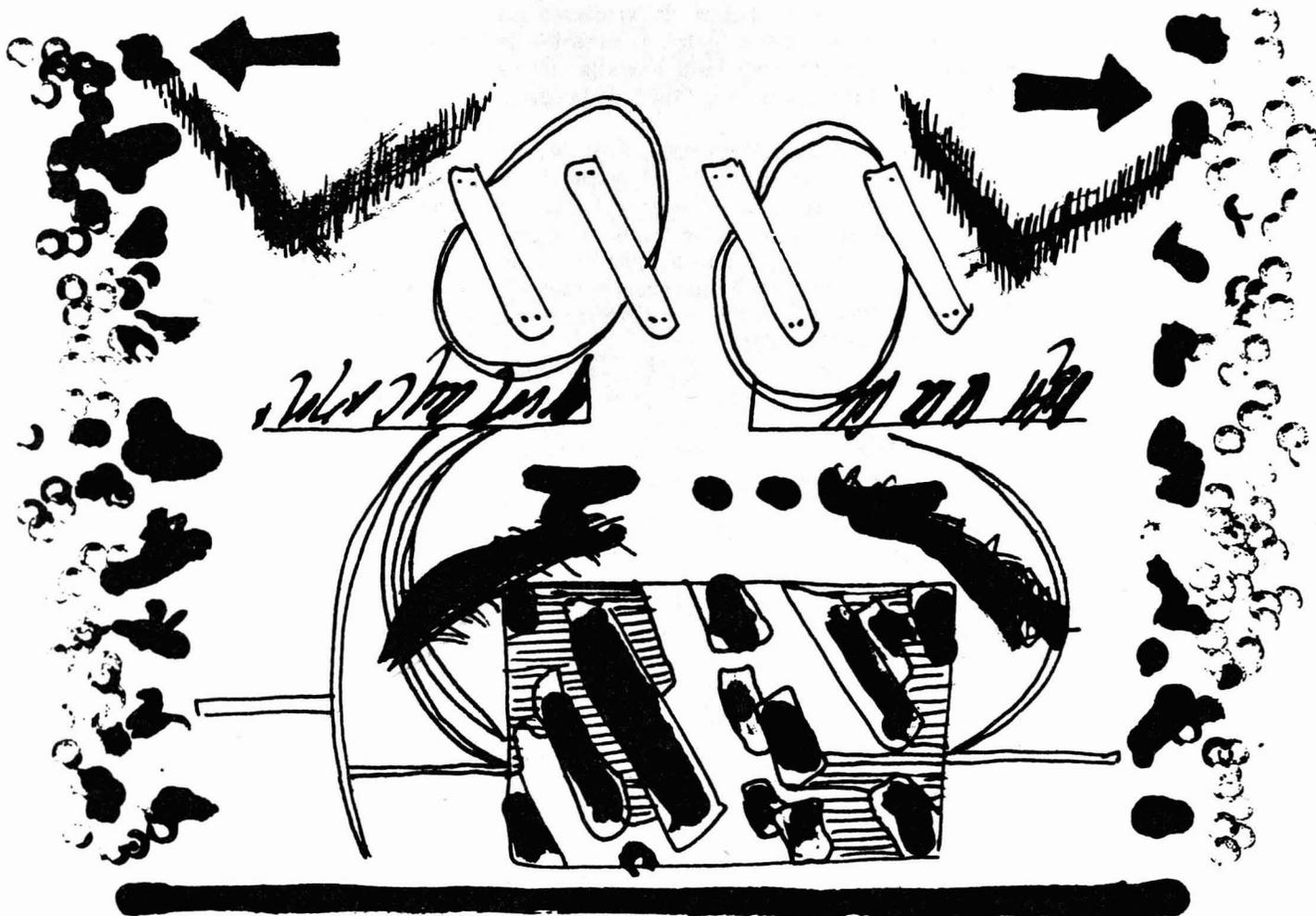
Lo que en aquel momento llevó a la picota a Claudín y a Sánchez fue justamente el análisis objetivo, serio y fundamentado que exigía la realidad económica y política de España, pero que, al mismo tiempo, inevitablemente, venía a dar al traste con la concepción triunfalista, de profunda raigambre ideológica y subjetivista, que por aquel entonces dominaba a la dirección del PCE y que suponía que, a partir de una huelga general —programada desde la caída de la República y que nunca llegó a producirse—, se produciría la transformación socialista de la sociedad española.

La tesis que sostenían Claudín y Federico Sánchez era bastante diferente. Para comenzar, no veían que el socialismo estuviera a la vuelta de la esquina de la realidad española. Por el contrario, suponían que la liquidación del franquismo —y aquí no hago más que glosar las palabras de Fernando Claudín en aquellas sesiones— sería producto, por una parte, sí de la acción de las masas y de otros sectores sociales interesados en la democracia, pero también, y básicamente,

de las propias necesidades del capital monopolista tendiente a buscar nuevas formas, más democráticas, de dominación política, que a su vez darían lugar a una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo español. Es decir, no existía esa crisis general de estructuras, esa crisis revolucionaria, que condujera a un cambio brusco de la sociedad española hacia el socialismo. La táctica a seguir, que se desprendía necesariamente de esta nueva situación, contemplaba, ante todo, un estudio objetivo y científico del nuevo proceso político y la necesidad de participar, con el apoyo de las masas, en ese proceso de reformas parciales, económicas y políticas, hacia la transformación gradual y pacífica de la sociedad.

Este planteamiento, sin embargo, no fue escuchado (aunque claro que lo fue, pero de una manera un tanto oscura). Porque lo que menos interesaba a los miembros del comité ejecutivo, en ese momento, eran análisis y estudios de esta naturaleza; lo importante, más bien, era mantener a toda costa la unidad monolítica (*no dialéctica*) en el interior del partido. Y frente a ello, a quien planteara posiciones diferentes (no necesariamente opuestas o antagónicas) a la posición oficial, sólo le quedaban dos alternativas: la rectificación de las posiciones “desviadas” o la expulsión de la organización. “Rectificar” —escribe Semprún—: ésta es la palabra decisiva. Volver al ‘recto camino’, al ‘pensamiento correcto’. Pero el problema consiste precisamente en establecer una solución que permita a los militantes permanecer activamente en el partido sin ‘rectificar sus opiniones’, sino todo lo contrario: manifestándolas y defendiéndolas en los organismos regulares y en la prensa del partido. Y mientras no se haya encontrado una solución semejante, no sólo no se podrá hablar del partido comunista como de un partido democrático, sino que será imposible que elabore una estrategia de transformación real de la sociedad. Y lo segundo es más grave aún que lo primero.”⁸ Cualquier organización marxista-leninista que no contemple, en su estructura y funcionamiento, un carácter dialéctico, es decir, que no admita en su seno la confrontación crítica de las posiciones contrarias, se convierte, de hecho, en una institución rígida y dogmática, y ajena totalmente a la realidad social que pretende transformar. Pero el problema, en este caso, no era evidentemente la elaboración de una estrategia acorde con las condiciones históricas reales y capaz de transformar la sociedad; lo que se dirimía, en realidad, por parte de la dirección del partido, era sencillamente una cuestión de poder. Y, ya lo sabemos, frente a una organización sustentada en el anhelo de poder, la *diferencia* se convierte automáticamente en *disidencia* y toda disidencia, dentro de la lógica de este tipo de organizaciones, está penada con la exclusión, la muerte o el Gulag. No fue otra la suerte que corrieron Fernando Claudín y Federico Sánchez.

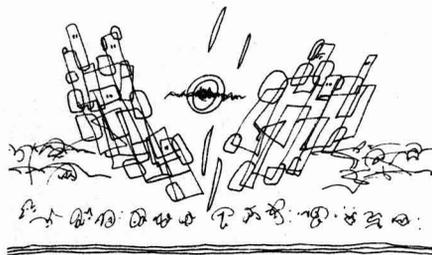




Pero ¡oh, paradoja de la historia! , quién iba a decirles a Claudín y a Sánchez, quién iba a decirnos a nosotros, que esta posición, calificada como herética en 1964, pocos años después, excluidos ya sus representantes de las filas del partido, iba a convertirse en la posición oficial del viraje eurocomunista del partido español. Carrillo, apropiándose tesis que en su momento criticó duramente, ha conservado el poder (y la unidad a ultranza) en el seno del partido. Pero este hecho da pie para dudar de la honestidad política de los dirigentes de ese partido que abalan, con su silencio, prácticas de esta naturaleza.

Sin embargo, no sólo la estructura y funcionamiento de estas organizaciones sino también su *doctrina* cumple al pie de la letra con los presupuestos de toda Iglesia. Habría que comenzar por señalar que la teoría marxista, esencialmente crítica en sus orígenes, ha terminado por convertirse, a través de la manipulación ideológica que hace de ella la burocracia partidaria, en una doctrina dogmática. Los nuevos mitos socialistas, como los viejos mitos cristianos, son formulaciones en la ideología y promueven, en los sectores a los que se dirigen, un

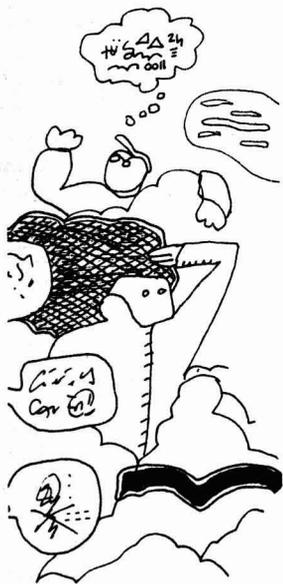
sometimiento acrítico y una fe ciega e idolátrica. El objeto central que estos nuevos mitos buscan exaltar es justamente el Partido como esa entidad omnipotente y todopoderosa, ese nuevo fetiche, ante el cual el único sentimiento posible (y aceptable) es la veneración. Algunos de los versículos de esta nueva doctrina del partido rezan así: "El Partido lo resume todo. En él se sintetizan los sueños de todos los revolucionarios a lo largo de nuestra historia; en él se concretan las ideas, los principios y la fuerza de la Revolución; en él desaparecen nuestros individualismos y aprendemos a pensar en términos de colectividad; él es nuestro educador, nuestro maestro, nuestro guía y nuestra conciencia vigilante... en él las ideas, las experiencias, el legado de los mártires, la continuidad de la obra, los intereses del pueblo, el porvenir de la patria y los lazos indestructibles con los constructores proletarios de un mundo nuevo en todos los rincones de la Tierra, están garantizados." (Palabras de Fidel Castro en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.) "Más vale equivocarse con el partido, dentro del partido, que tener razón fuera de él o contra él." (Frase que aunque no le pertenece, fue lanzada por Santiago



Carrillo en un momento decisivo de las sesiones del comité ejecutivo que dieron lugar a la expulsión de Claudín y Sánchez, y que repite a aquella otra ya clásica en la doctrina cristiana: “fuera de la iglesia, no hay salvación”.)

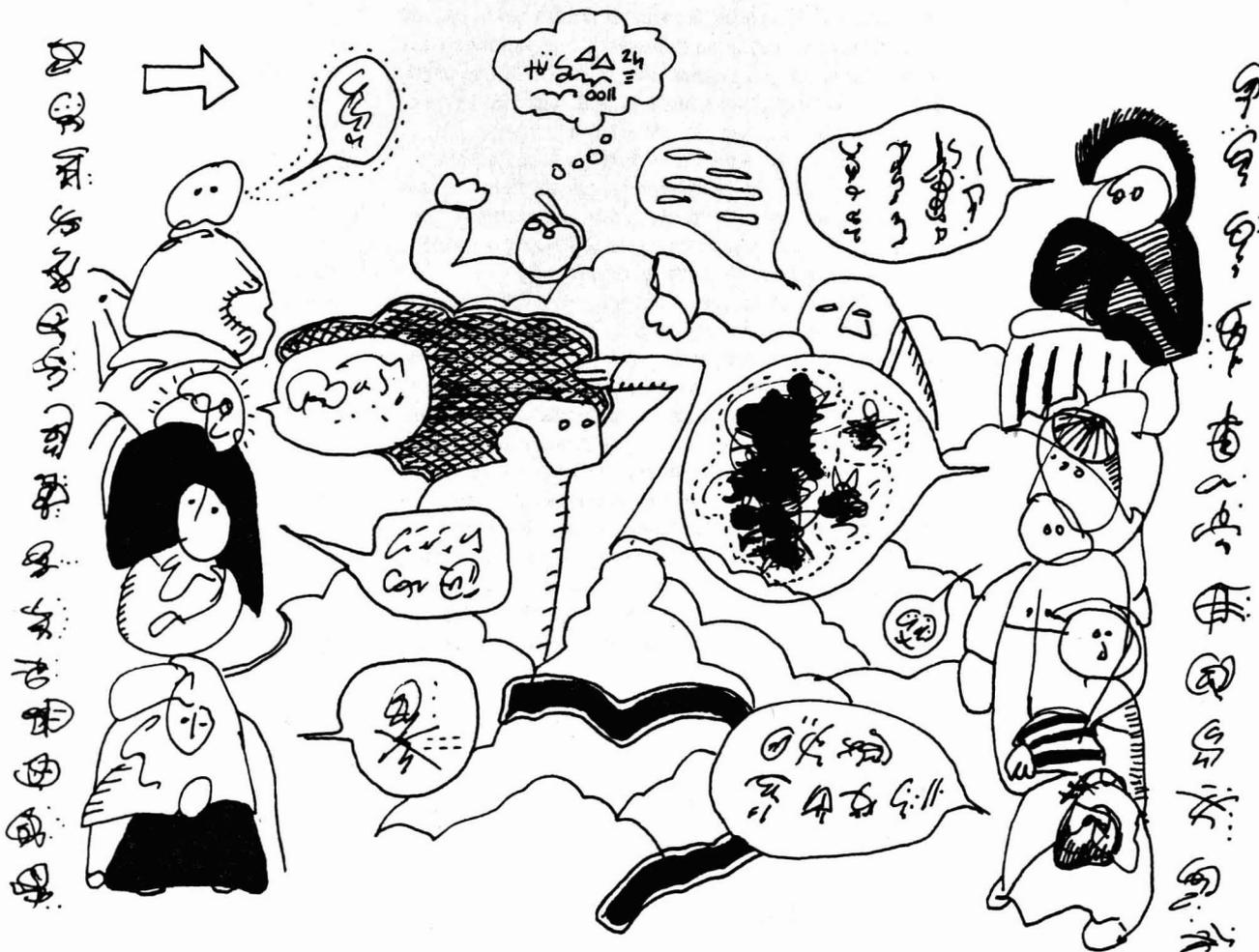
Así, para esta nueva dogmática, el partido ha dejado de ser lo que fue, en los orígenes de la teoría marxista, para Marx, Engels y Lenin: un instrumento —entre otros: los sindicatos, las organizaciones de masas, las corporaciones obreras y campesinas, etc.— *al servicio* del proletariado para la transformación de la sociedad, y caracterizado, por lo tanto, por su flexibilidad y por el hecho de ser susceptible de cambio y modificación de acuerdo con las necesidades históricas del momento. Ahora, en cambio, para los nuevos teólogos, el partido se ha convertido en el fin supremo del movimiento comunista, en el punto final, de suma perfección, al que “debe tender” la historia. Su rigidez y estatismo, su inamovilidad actual devienen necesariamente de este deificante proceso de conversión.

Pero, de hecho, la Doctrina del Partido no hace más que reflejar, en pequeño, la nueva situación —¿callejón sin salida?— a la que se ha visto sometida la teoría marxista al metamorfosearse, fundamentalmente con Stalin, en Doctrina del Estado. Porque fue precisamente con Stalin que el discurso marxista llegó a perder por completo su sentido contestatario para convertirse en un discurso burocrático, estatizado, en el que la verdad no es más el producto de una búsqueda dialéctica, de una lucha constante en la historia, sino, por el contrario, deviene “verdad revelada” por el poder, por la camarilla dirigente que detenta el poder en nombre de la clase obrera. El discurso marxista del poder tenía ahora nuevos privilegios que defender y para ello todo su potencial científico pasaba a segundo plano y su lugar iba a ocuparlo el discurso ideológico “socialista” que haría posible la defensa y sostenimiento de ese poder *sobre* la clase obrera. Un nuevo orden de cosas, un nuevo *statu quo*, se instituía en la Unión Soviética y había que defenderlo a toda costa, pero no tanto de los enemigos del exterior —que evidentemente constituían una amenaza real—, sino básicamente del propio malestar y descontento que comenzaba a gestarse en el interior. La sociedad burocrática soviética —y más tarde las sociedades burocráticas de su órbita de influencia— se erigía sobre el trabajo extenuante y el sometimiento ideológico de la clase trabajadora. La apropiación de la plusvalía, en estos nuevos sistemas, había dejado de ser privada, es cierto, pero sólo para hacerse pública, burocrática; la clase trabajadora seguía sin capacidad de decisión sobre el producto de su trabajo. Una nueva clase dominante aparecía en el escenario político de las mal llamadas sociedades socialistas: la burocracia estatal. Y para asegurar su dominio sobre el trabajo alienado, debía segregarse una nueva ideología, una ideología totalitaria, que, a través de ciertas



imágenes populistas y de una fraseología rimbombante, permitiera a las clases trabajadoras reconocerse en el poder. Porque no basta con autonombrarse “vanguardia del proletariado” o “Estado obrero y campesino”, para serlo realmente, es necesario hacer participar a esos sectores, tradicionalmente marginados del poder, en las decisiones económicas y políticas del Estado. Un intento en este sentido lo constituyó Checoslovaquia, con Dubcek, en la primavera de 1968, y ya es de todos conocido el lamentable final que tuvo este intento democratizador. Pues si a nivel individual hay que suprimir a toda costa el retorno de lo reprimido, con mayor razón a nivel social. Y sobre todo cuando ese retorno social de lo reprimido atenta contra el núcleo esencial de las estructuras estatuídas: en la medida en que el poder está en todos, es decir, en cada uno, el poder (y por lo tanto el Estado) desaparece como tal. Pero la tentativa democratizadora checoslovaca, que constituía *realmente* el comienzo de un verdadero proceso de desestalinización, no podía ser permitida, puesto que ello habría implicado la vuelta del discurso marxista a lo que lo había caracterizado en sus orígenes: el hecho de ser un instrumento crítico, de análisis, conocimiento y transformación de la realidad, un instrumento esencialmente antirrepresivo y democrático, surgido de la crítica del poder y tendiente a suprimir la existencia de todo poder. Aceptar, por parte de las burocracias socialistas, este viraje democrático real del discurso marxista, habría sido tanto como atentar contra sí mismas, como suicidarse políticamente. La única forma de conservar el control del poder era actuando represivamente contra toda manifestación libertaria y cada uno de los medios de que disponían —la doctrina marxista, la ideología “socialista” y el lenguaje que debía hacerlas posibles— fueron puestos al servicio de esos fines represivos.

“Y, ya se sabe —escribe Semprún—, lo primero que tuerce y mistifica un proceso de estalinización intelectual es la relación con el lenguaje.”⁹ Un lenguaje formulado en la ideología es un lenguaje que sirve no para mostrar la verdad sino para ocultarla, no para ejercer la crítica y transformación de la realidad sino para apuntalarla. Y no ha sido otra la suerte que ha corrido el lenguaje marxista al convertirse en lenguaje del poder. Todo el libro de Semprún, página tras página, es un constante alegato contra ese lenguaje dogmático, retórico, formulario, que, en el fondo, no viene a ser otra cosa que un sucedáneo moderno del discurso teológico medieval. Pero este alegato de Semprún, en torno al lenguaje, es también un alegato contra sí mismo. Porque Semprún participó también, en la época del auge estalinista, de ese lenguaje esquemático y acartonado que se deshacía en una burda apologética del socialismo y de sus carismáticas figuras dirigentes. Sus poemas a la muerte de Stalin, a la Pasionaria y al Partido son la mejor muestra de ese proceso de



mistificación que un lenguaje alienado en el servicio del poder puede producir. Semprún, en aquella época, escribió:

Si mi sangre se llena de alegría
se lo debo al Partido;
si mi palabra anuncia un nuevo día,
se lo debo al Partido.

Si una bandera tiembla en la alborada,
se lo debo al Partido;
si el mundo se agiganta en mi mirada,
se lo debo al Partido.

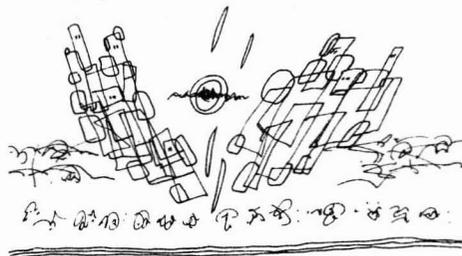
Si va mi mano unida a tantas manos,
se lo debo al Partido;
si tantos hombres son mejor que hermanos
se lo debo al Partido.

(...)

Si acaso voy camino de ser hombre,
se lo debo al Partido;

de ser hombre en verdad, no sombra o nombre se lo debo al Partido.¹⁰

Es por esto que la crítica de Semprún al discurso marxista del poder comienza por su propia autocrítica. El también, en una época, sirvió a ese poder, y la única forma de enfrentarlo ahora, es enfrentándose a sí mismo, destruyendo los mitos que en algún momento contribuyó a crear. Su libro es un diálogo incesante entre estos dos tipos de lenguaje, en el que uno, el que conforma la *Autobiografía de Federico Sánchez*, va mostrando la vacuidad, la rigidez, el formalismo vacío y retórico, la solemnidad dogmática y sumisa del otro: el lenguaje partidario. De esta forma, la *Autobiografía de Federico Sánchez*, a través de la crítica (y autocrítica) de ese lenguaje burocratizado y mistificador, devuelve el lenguaje marxista a su cauce original, esencialmente libre (y libertario). Aunque, para ello, su autor tenga que volver a los reductos de su memoria, levantar exclusas, dejar que los recuerdos fluyan libremente. Y tal vez podría pensarse que este aflorar de lo reprimido en el discurso político tiene un carácter reaccionario, en la medida en que, como



en el caso de Semprún, adopta la forma de la crítica al comunismo, tanto en la versión que asume en los países llamados socialistas como en la de los partidos de occidente. Pero, en realidad, esto sólo puede parecerle así al que se encuentra inmerso en el propio discurso represor. Pues ningún acto que tienda a liberar la represión, en cualquiera de sus órdenes, puede ser nunca un acto reaccionario, y si lo es, en cambio aquel acto que, en sentido inverso, tiende a ocultar, a reprimir la verdad.

La *Autobiografía de Federico Sánchez* pone en entredicho el pasado del partido comunista español, en tanto que muestra lo que ese partido se ha empeñado durante tantos años en ocultar: sus prácticas estalinistas, autoritarias y represivas, sus mentiras y farsas ideológicas, su dogmatismo religioso dependiente de Moscú; en una palabra, el hecho de haber sido ajeno a la realidad española a lo largo de la dictadura franquista. Pero, ahora, es el propio partido comunista español el que se pone en entredicho a sí mismo, al no aceptar la participación de Jorge Semprún en su IX Congreso "a plena luz pública". Porque ello demuestra que el "viraje de-

mocrático" del que tanto se ufanan sus dirigentes no es tal, y que hay todavía mucho que esconder. No se explica de otra forma ese miedo pánico a la presencia del novelista español en ese acto "público" y "democrático", aceptarla sería exponerse a una memoria que no olvida, a una voz que no calla, y eso quizá sería exponerse demasiado.

Pero ¿por qué tanto miedo irracional a la verdad?, ¿y hasta cuándo ese miedo? Tal vez, precisamente, porque una memoria como la de Semprún vendría a poner fin al silencio, a la castración intelectual a que se ha visto sometido el pensamiento comunista desde la época del estalinismo, y ello implicaría cambios tan radicales y definitivos, transformaciones tan sustanciales y necesarias hacia una verdadera democracia interna, que el PCE no se encuentra aún en posibilidad de asumir. Jorge Semprún es bastante escéptico con respecto a las posibilidades reales de un cambio dentro del PCE. "Quieres decir con esto — escribe — que los jóvenes revolucionarios de hoy dispuestos a ingresar en el PCE, no dejarían de hacerlo aunque estuviesen convencidos de la verdad de tu demostración. Pensarían que todo eso es historia, que han cambiado los tiempos, que ellos cambiarán el partido. No saben que el partido les va a cambiar a ellos o que tendrán que salirse del partido si se niegan a cambiar. Si quieren seguir siendo revolucionarios. Pero esa experiencia tienen que hacerla ellos mismos, como la hiciste tú mismo. Tienen que destrozarse o templarse, perderse o recobrase, por sí mismos, en esa experiencia."¹¹

Tal vez estas palabras develen una visión poco dialéctica del partido, pero de cualquier forma, es el propio PCE el que tiene la última palabra en este sentido. Su transformación democrática real es el reto ante el que lo coloca la situación política actual de España, y de asumir o no ese reto depende tanto la vigencia política de ese partido como su capacidad, teórica y práctica, para transformar la sociedad española.

Notas

1. "¡Vade retro, Semprún!", *Cambio* 16, No. 333, 23-29 de abril 1978, p. 24.
2. Recogida y traducida por Marta Harnecker: *Polémica sobre marxismo y humanismo*, Siglo XXI, colec. mínima, México, 1968, 199 pp.
3. *Vuelta*, No. 14, enero de 1978, pp. 15-23.
4. Nos referimos concretamente a *Tiempo de destrucción* de Luis Martín-Santos y a la trilogía de Juan Goytisolo: *Señas de identidad*, *Reivindicación del Conde Don Julián* y *Juan sin Tierra*.
5. Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Editorial Planeta, Barcelona, 1977, p. 270.
6. *Ibid.*, p. 226.
7. *Ibid.*, p. 240-241.
8. *Ibid.*, p. 163-164.
9. *Ibid.*, p. 126.
10. *Ibid.*, p. 130.
11. *Ibid.* p. 274-275.

